

LECTIO DIVINA

DOMINGO II – Adviento (ciclo A)

Evangelio: San Mateo 3, 1-12

Por aquellos días, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, predicando:

«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

Este es el que anunció el Profeta Isaías diciendo: «Voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”».

Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

«¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Dad el fruto que pide la conversión.

Y no os hagáis ilusiones, pensando: “Tenemos por padre a Abrahán”, pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras.

Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego.

Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias.

Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

Él tiene el biello en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga».

La predicación del Bautista, con su potente invitación a la conversión y a la penitencia, es para todos los evangelistas quien introduce la predicación de Jesús. El Bautista no lanza sólo una invitación a la conversión, sino que proclama antes el acontecimiento que hace posible la misma conversión: «Está cerca el Reino de los cielos». Para que pueda generarse el gran movimiento del pueblo que sale de sus casas para dirigirse al Jordán a confesar sus pecados, es necesario que se base en la certeza inquebrantable de que Dios quiere reinar, que él está actuando realmente en este mundo y desea colmar la existencia de las personas, arrancando de cuajo la raíz de los males humanos: el pecado, las enemistades, los egoísmos. Y pueden enderezarse los senderos porque Dios lo quiere y lo hace posible.

El bautismo por inmersión en el Jordán aparece como el signo visible de la voluntad sincera de acoger esta cercanía de Dios. Por eso es necesario evitar todo tipo de hipocresía. Mateo pone en escena a fariseos y saduceos, que piden el bautismo sin las disposiciones adecuadas. «¡Raza de víboras!»: el bautista no exige ser justos de antemano, pues carecería de sentido su predicación; pide abandonar la hipocresía o tentativa de engañar a Dios, porque a Dios no se le puede engañar; sobre todo no se puede confiar en una justicia que proceda del mero pertenecer a la sangre o al pueblo de Dios: «No digáis: Somos descendientes de Abrahán».

Pero el Bautista es también consciente de su propia insuficiencia: sus palabras son auténticas y enardecidas, pero no valdrían para nada si no viniera otro que de verdad «bautizará con Espíritu Santo».

MEDITATIO

En el inicio del movimiento multitudinario suscitado por el Bautista está la profunda convicción que transmite con energía: Dios es fiel, se ha acercado y desea cambiar nuestra vida, quiere "salvarnos". Como profeta enviado por Dios, atrae a la gente al desierto, lugar de prueba y de encuentro, de infidelidad e intimidad renovada, para que también las muchedumbres de hoy repitan la experiencia de Dios anunciada por los profetas: Dios se deja encontrar, pronuncia una palabra que nos atrae a sí; suscita en nosotros el deseo de una vida nueva y hace posible el cambio: «La llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

Los que van al desierto no son una asamblea de justos. La única condición que exige el Bautista es: no jugar con nosotros mismos ni con Dios, no ocultar el mal que tenemos dentro, sino manifestar lo que somos para poder realmente cambiar de mentalidad y de vida. Dios vuelve a comenzar con un hijo, vuelve a comenzar con quien todavía está dispuesto a cambiar, a pesar de pertenecer desde hace mucho a su pueblo, con quien hace de su pertenencia a la Iglesia no un privilegio que enarbola contra alguien, sino un don que hay que redescubrir en profundidad, recordando también las muchas veces que, en la vida de cada día, he traicionado este don.

Por esta razón, otro punto fundamental del mensaje de este domingo es el Espíritu Santo: contemplado en primer lugar como Espíritu que colma al Mesías Jesús de Nazaret y luego como don en el que se nos ha insertado, que nos envuelve, en el que somos bautizados para que nuestros caminos torcidos puedan de veras enderezarse.

ORATIO

Suscita hoy en nosotros, Señor, el deseo vivo de volver a ti mediante una verdadera conversión. Reconocemos, Padre, las múltiples tortuosidades en las que se desvía nuestro corazón y nuestra voluntad cuando no se basan en tu Palabra de verdad, en la obra de tu gracia. Tú que eres el Dios fiel, haz firmes nuestros pasos en tus caminos.

No vemos, Señor, a nuestro alrededor habitar el lobo con el cordero, ni el niño mete la mano en la madriguera de la serpiente, y que cuando hablamos de paz y justicia con frecuencia lo hacemos movidos únicamente por conveniencia o temor. Jesús, germen de David, tú vienes a nosotros como niño que no teme extender la mano a los venenos de nuestra humanidad: enséñanos a acogernos mutuamente para gloria de Dios; que no sea el temor quien nos mueva a convertirnos, sino la convicción íntima de que con tu presencia Dios camina en medio de nosotros y nos convierte en su pueblo.

Ven a nosotros, Espíritu Santo, con la plenitud de tus dones para que este pueblo, que todavía se dispone a escuchar la palabra dura y austera del Bautista, no se quede tranquilo en su presunta justicia, sino que tenga la fuerza de llevar a buen término el camino emprendido.

CONTEMPLATIO

Respóndeme, corazón humano: ¿prefieres gozar siempre de las cosas de este mundo o estar siempre con Dios? Tu elección dependerá de la intensidad de tu amor. Ama para que puedas elegir correctamente; ama intensamente para poder optar más útilmente; ama a Dios para poder elegir estar siempre con Dios.

El amor es todo para ti: determina la elección, favorece el camino, da la fuerza de alcanzar la meta. Ama, pues, a Dios, opta por Dios, apresúrate, lógralo. «Ya he elegido», me dices, «ahora quisiera saber qué camino tomar». Te respondo: «Por el camino de Dios se puede correr hacia Dios». Tú añades: «No soy capaz de recorrer solo este itinerario desconocido; dame buenos guías, para que no me extravíe». Te respondo: «Esfuézate por seguir a los que ya corren por el camino de Dios: no podrías tener mejores guías de viaje» (*Hugo de San Víctor, In lode del divino amare, Milán 1987, 277-288*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos» (Mt 3,2).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los Padres del desierto consideraron la sociedad como un barco a la deriva que hay que abandonar lanzándose a nadar a fin de salvar la vida (...). Estos eran hombres que creían que dejarse llevar por la corriente aceptando pasivamente los principios y valores de la sociedad era pura y simplemente un desastre. Nuestra sociedad no es precisamente una comunidad que irradia el amor de Cristo, sino una peligrosa red de dominación y manipulación en la cual podemos quedar atrapados y perecer. La pregunta fundamental que tendremos que hacernos es si nosotros estamos ya tan modelados por los poderes seductores del mundo de las tinieblas que nos hemos vuelto ciegos para ver nuestro desgraciado estado y el de los que nos rodean y hemos perdido ya la motivación necesaria para lanzarnos a nadar y salvar así nuestras vidas (*H. J. M. Nouwen, El camino del corazón, Madrid 1986, 16-17*).